



Lecturas pasionales y subjetividades.

Una experiencia de lectura de textos distópicos durante la pandemia

Fabián G. Mossello*

Este artículo busca presentar una experiencia de lectura de literatura en el marco del Seminario de Géneros Ficcionales y Cultura de Masas de la Licenciatura en Ciencias de la Comunicación de la Universidad Nacional de Villa María, Córdoba, Argentina. A partir de un recorte de textos literarios distópicos, se organizó, durante el primer semestre del año lectivo 2021, un trabajo de lectura con modalidad virtual que buscaba las interpretaciones no canonizadas de los textos, con base en una perspectiva discursiva que suponía leer como construcción polisémica del sentido (Manguel 1997, Chartier, 1999). Los textos escogidos fueron tres novelas contemporáneas: *El país de las últimas cosas* (1987) de Paul Auster, *Cenital* (2012) de Emilio Bueso y *Los que duermen en el polvo* (2013) de Horacio Convertini. En los sucesivos encuentros, se fueron desplegando distintos itinerarios de lectura entre los que se destacaron aquellos que suponían una mirada pasional sobre los hechos contados con fuerte empatía hacia los personajes del discurso que, de un modo u otro, conectaban la experiencia literaria del lector con su posición en el extratexto pandémico.

El trabajo de aula apuntó a construir un espacio que permitiera, por un lado, una lectura individual, abierta a las inferencias personales y, por el otro, a las experiencias colectivas y de socialización de esas lecturas con pares y coordinadores. Estos últimos, lejos de posicionarse como centro de las lecturas legítimas, propusieron solo líneas de acceso general a los corpus para dejar que el diálogo entre lector y texto se desplegara con libertad.

La idea central tenía que ver con una concepción de lectura que buscaba los intersticios, las interpretaciones y proyecciones de sentido que pudieran albergar las distintas concretizaciones de cada sujeto lector.

* Universidad Nacional de Villa María / fmossello@gmail.com

Evitando las interferencias de las lecturas legitimadas emanadas desde el equipo docente, también llamadas “expertas”, se priorizó una lectura entendida como “gesto de significación e inscripción de sentidos en el que el sujeto es afectado por su posición imaginaria que ocupa en el discurso” (Alves-Ferrarez, 2007: s/p).

En relación con esto, la propuesta de lectura de literaturas distópicas partió de la idea de que estos textos tenían potencialidades, dada su temática, para abrir el diálogo entre interpretaciones individuales y condiciones sociales propias del estado pandémico del contexto.

Efectivamente, estos diálogos se fueron desplegando en cada encuentro (unas dos horas semanales durante el primer semestre del 2021 con modalidad virtual) a través de “puentes” que el lector establecía entre ciertos lugares de los textos y espacios de referencia extratextuales que iban surgiendo en cada interpretación. Así aparecieron ligaduras entre las ficciones y situaciones que los lectores reconocían en sus familias, su trabajo, la salud, la seguridad y, más en el orden proyectivo, en el futuro pospandémico. Las subjetividades atravesaron las lecturas, poniendo en tensión el lugar del lector modélico construido por cada obra y el lugar del sujeto empírico en posición de sujeto lector en el contexto del aula universitaria. Una tensión que se puso en evidencia toda vez que el lector se distanciaba de la historia propiamente dicha para conectarla con sus universos experienciales mediatos. Digamos, los corrimientos mostraron los desajustes, como lo planteaba Patrick Charaudeau (1982) en la doble envoltura del circuito interno y externo de comunicación. En el lugar del ritual socio-lingüístico-discursivo, el lector empírico (*Tui*) se enfrentaba a su imagen textual (*Tud*) para hacer acuerdos interpretativos. Sin embargo, ese lector modélico fue punto de partida y no de llegada en nuestro trabajo de aula, en tanto, no bien comenzada la lectura, aparecieron las interferencias y extrapolaciones, los desacoples con la “lectura correcta” y todo aquello que empezaba a hilvanarse cuando el lector, a la manera barthiana, “levantaba la cabeza” para hacer su gesto personal.

Entre los múltiples vínculos entre lo ficcional y las extrapolaciones subjetivas a las que se sometió cada objeto del corpus, se destacan ciertos aspectos pasionales con manifiestas vinculaciones entre las posiciones de los lectores en el extratexto y las historias ficcionales. En relación con estos enlaces patémicos, destacamos una operación identificatoria concomitante. De este modo, identificaciones y pasiones actúan complementa-

riamente, conformando un complejo identificable en las lecturas dentro del seminario.

Por un lado, atendiendo a las *identificaciones* y, a partir de las novelas de Auster y Convertini, se actualizaron recorridos de lectura que enfatizaron los trayectos de los actores femeninos. En *El país de las últimas cosas*, el foco se colocó en la narradora-sobreviviente Anna, en un mundo distópico marcado por la pobreza, la destrucción y la soledad. A medida que avanzó la lectura, se fueron conociendo partes de la historia en forma de cartas de esta mujer, Anna Blume quien, en busca de su hermano en un mundo crepuscular, descubre el velo de un espacio en descomposición con habitantes sólo enfrentados a la tarea de sobrevivir. La identificación con este personaje se estableció en torno a su capacidad para salvarse, la inteligencia para resolver conflictos y el uso de estrategias de subsistencia, entre ellas, el acceso a la palabra para contar lo vivido y dar un testimonio a otro lector posible. Un texto que se estaba haciendo y que era, además, el mismo que leíamos; ese recurso narrativo propio de la estética de Auster que significó un punto de atención en las lecturas.

En relación con *Los que duermen en el polvo*, el lugar de las identificaciones fue Erika, la mujer de Jorge, muerta en extrañas circunstancias en un entorno distópico de una Argentina futura asediada por una pandemia zombie. En este caso, los lectores se centraron en las problemáticas del femicidio y las dificultades de existencia de la mujer en contextos difíciles. Erika aparecía destacada por su doble atribución de mujer-intelectual, modalizada por el poder-hacer, lo que desencadena celos de su compañero, Jorge, quien luego comete acciones feminicidas.

En el tercer texto, *Cenital*, el trabajo receptivo se focalizó en la idea de la repoblación en un contexto semejante al que se estaba viviendo en pandemia. La ciudad amurallada, Ecoaldea, improvisada sobre los restos del mundo industrial/capitalista, en la novela parecía representar el conjunto de las ciudades-casas que se habían vuelto fortalezas materiales y simbólicas en el marco de acciones para contrarrestar la circulación viral en el extratexto. De este modo, hubo identificaciones de la ecoaldea manejada por Destral con fuerte polarización entre el mundo hogareño, interior, afectivo, de protección y el afuera enfermo y peligroso.

Por el otro lado, el componente pasional fue relevante, en tanto permitió el enlace entre las vivencias individuales y colectivas del lector empírico con los recorridos de los sujetos de la metadiégesis. El planteo de

pasiones tuvo que ver mayormente con las identificaciones, es decir, con las ligaduras que se hacían con los personajes que tuvieron capacidad de sobrevivir, que seguían vivos después de algún incidente distópico. Asociado a estos procesos identificatorios se pudo relevar la presencia de un complejo pasional ligado a las trayectorias de los actores en la historia. El primer componente tuvo que ver con un estado patémico asténico o débil, es decir, no agresivo, vinculado con el miedo en el marco de unos relatos que conjugaban aventura, suspenso, melodrama, entre otros géneros. Así, apareció el temor ligado a la presencia de lo extraño o siniestro, ese otro que está y no vemos pero “causa cierto temor o angustia por su carácter sombrío o macabro o por su relación con la muerte” (www.rae.es). El miedo reconfigura estados de inacción, estatismo o zozobra ante la amenaza. El miedo es una pasión fuerte que rodea a los personajes víctimas y con pocas competencias para defenderse. De alguna manera esta pasión fue el principal puente entre texto y extratexto: los lectores parecían sentir las mismas sensaciones que los actores de la metadiégesis. En un caso destacado, un lector apunta al intento de violación de Anna por parte del habitante masculino de la casa que ella mora ocasionalmente:

... entonces sentí miedo por esa sombra del hombre que acosaba a Anna en la pieza sucia... (Lector I).

El segundo complejo pasional se ubicó en el otro extremo, no asténico sino proactivo, es decir, un estado pasional fuerte que suponía una relación con las capacidades de resiliencia de los actores centrales de las historias (Anna, Erika, Destral). En otras palabras, su “capacidad [...] para recuperar su estado inicial cuando ha cesado la perturbación a la que había estado sometido” (www.rae.es). En particular y a partir de la lectura y discusión de las novelas *Cenital* y *El país de las últimas cosas*, el modelo resolutivo de la situación disfórica inicial –un mundo desbastado y sin energía, o apocalíptico, enfermo y sin alimentos, respectivamente- se concreta a través de acciones cuasi-heroicas de esos personajes característicos de las distopías, modalizados por el saber y el querer hacer (y limitados en el poder). Así, su inteligencia y fortaleza interior los hace vivir. La resiliencia fue una capacidad destacada por los lectores y se planteó en el grupo como una manera positiva de salida ante un contexto distópico:



Destral es un genio. Con chatarra hace una ciudad. No le tiene miedo a los caníbales y no se asusta por los problemas. Le da para adelante con su proyecto de ecoaldeas... (Informante II).

No sé si entiendo lo que sucedió en esa ciudad, no queda claro pero Anna me pareció inteligente y valiente. Sabe salir de los problemas y tiene una meta para vivir... (Informante III).

De alguna manera, estas identificaciones parecían operar como un dispositivo catártico que se desplazaba a los itinerarios individuales extratextuales de los lectores y los reubicaba en esas mismas coordenadas existenciales. El placer de los lectores parecía estar en reconocer esas estrategias de ‘salida’ que cada actor desplegaba cuando el otro-amenazante (virus, canibalismo, Estado persecutorio y de control) se activaba para cercenar las libertades. Nos parece que esta perspectiva de leer funciona como punto de partida de recorridos en el texto, en tanto:

- a. Atiende a la multiplicidad de pistas que se actualizan en cada puesta concreta de lectura.
- b. Supone una apertura hacia la polisemia de sentidos.
- c. Abre conexiones entre texto y extratexto atendiendo al ritual-sociodiscursivo. El contexto de lectura no es un marco decorativo sino parte del trabajo hacia esa lectura deseada-crítica (Jitrik).
- d. Pone énfasis en la subjetividad puesta en juego como parte de los efectos de sentido y no como un añadido lúdico-pasional, aquello que Stierle (1987) pensó como lecturas de ficción. La subjetividad se hilvana con el texto y sus efectos de sentido se proyectan hacia el sujeto para luego volver al texto en un trabajo centrífugo/centrípeto.

En particular, entendemos que lo pasional opera en la raíz misma de las lecturas de ficción, hace funcionar el texto en múltiples direcciones, propiciando esa lectura expansiva atendiendo no solo a las claves puestas en el texto sino a las relaciones que se establecen con las lecturas singulares. El proceso identificatorio se liga con significantes libres que circulan

una vez aprehendido el sentido dominante, significantes rescatados por el lector para configurar sus sentidos en un ajuste y disposición al entorno crítico de recepción.

En este sentido, abrir el juego a las representaciones de lectura (Chartier, 2005) situadas histórica y culturalmente es un asunto clave, en tanto “lo que los lectores hacen interpretativamente de sus lecturas es una cuestión decisiva” (Ginzburg, 1997: s/p) en las puestas y apuestas de la lectura literaria.

Como cierre del Seminario sobre Géneros de Ficción y Cultura de masas (UNVM), se planteó una sistematización de lecturas con el objeto de elaborar un borrador de discurso literario distópico que sirva como “hoja de ruta” a otros tantos lectores.

Referencias

- Alves-Ferrarez, (2007). *Planteos socio-discursivos en la lectura*. Buenos Aires: ALED.
- Charaudeau, P. (1982). *Langage et discours. Element de sémiolinguistique (Théorie et pratique)*. París: Hachette-Université.
- Chartier, R. (1999). *El orden de los libros: lectores, autores y bibliotecas en la Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Brasilia Editora.
- (2005). *El mundo como representación*. Buenos Aires: Gedisa.
- Ginzburg, C. (1997). *El queso y los gusanos*. Buenos Aires: Muchnik.
- Manguel, A. (1997). *Una historia de la lectura*. Atelie Editorial.
- Jitrik, N. (1982). *La lectura como actividad*. México: Premia.
- Real Academia Española. <https://www.rae.es/>
- Stierle, K. (1987). ¿Qué significa “recepción” en los textos de ficción? En José Antonio Mayoral, *Estética de la recepción*. Madrid: Sipea.